

RAVENA, FLORENCIA, GÉNOVA, ROMA /

MARZO DE 1978 (I)

Nosotros, poetas, en nuestra juventud comenzamos con la tristeza;
y después, al final, llegan el abatimiento y la locura.

«To Delmore Schwartz (Cambridge 1946)»,

ROBERT LOWELL

Oreste Calosso. Roma, 16 de marzo de 1978

El día 21 de abril de 1945 amaneció espléndido, como todos los otros días de ese mes terrible. Lo recuerdo perfectamente, y también recuerdo que, cuando encontramos el cadáver de Luca Borrello, éste tenía los ojos abiertos y miraba el cielo, como si un instante atrás también Borrello hubiera estado considerando que se trataba, efectivamente, de un día magnífico.

Atilio Tessore. Florencia, 11 de marzo de 1978

El día 21 de abril de 1945 llovió durante toda la mañana y luego salió el sol; irónicamente, para cuando lo hizo, ya todos habíamos encontrado refugio y nadie manifestó ninguna intención de salir a dar un paseo; de hecho, algunos ya habíamos comenzado a marcharnos.

Michele Garassino. Génova, 13 de marzo de 1978

No lo recuerdo. No tengo ni la más mínima idea de a qué se refiere y tampoco imagino por qué podría recordar yo una cosa semejante, qué tiempo hacía un día cualquiera de hace más de treinta años.

Espartaco Boyano. Ravena, 10 de marzo de 1978

El día 21 de abril de 1945 llovió todo el día y eso entorpeció la búsqueda. Ésta fue abandonada poco a poco por casi todos los participantes, a excepción de algunos que, como yo, siguieron buscando pese a las malas condiciones climáticas. Quién sabe si movidos por la curiosidad, por el convencimiento de que el desaparecido podría haber sido cualquiera de ellos, o por la especulación —nada desencaminada, por supuesto— de que participar de la búsqueda los eximiría de encontrarse entre los sospechosos. Eso si finalmente se descubría que Borrello no se había marchado subrepticamente sino que había tenido un accidente o había sido asesinado.

Atilio Tessore. Florencia, 11 de marzo de 1978

¿Por qué iba yo a temer estar entre los sospechosos? ¿No había defendido el día anterior la opinión de Borrello, según la cual debíamos considerar que se produciría un cambio de régimen y participar de él como una forma de que nuestro proyecto no acabase por completo? ¿No le han contado ya a usted, que es tan joven, que Borrello fue acusado de ser un derrotista, que se afirmaba que era un infiltrado, que se insinuó que se había vuelto loco? Es decir, que se había vuelto loco de soledad y posiblemente de hartazgo y que su último proyecto —del que sólo existían rumores, aunque se trataba de rumores persistentes y curiosamente unánimes, como si todos aquellos que los reproducían hubieran visto ellos mismos trabajar a Borrello en su proyecto, o como si, más verosímilmente, hubieran aceptado el rumor por considerar que la obra de Borrello, que se había ido dispersando y transformando y adquiriendo formas más y más singulares y extrañas, como si *Languria lirica* no fuese, también, singular y extraña y no señalase un rumbo de alguna índole, que sólo Borrello pareció desear seguir, que nosotros decíamos querer seguir pero no

seguimos, tal vez debido a que comprendimos que, en realidad, el arte y la vida no debían ser mezclados nunca, que el arte debía ser el sueño, inquietante o conciliador, de una cierta vigilia que sólo debía fantasear con la posibilidad de reunir arte y vida, y que si ambas no habían sido reunidas nunca era porque su reunión era un abismo al que era mejor no asomarse, y al que nosotros nos asomamos sólo un palmo antes de retroceder espantados, comprendiendo, digo, que la obra de Borrello sólo podía terminar de la forma en que lo hizo o del modo en que los rumores decían que lo había hecho— ponía de manifiesto que Borrello había caminado por una vía estrecha, inclasificable, que tenía dos aceras, una en la que estaba el arte y otra en la que se encontraban la locura y la aniquilación, y que, exhausto, había caído en alguna de ellas, y luego había mirado hacia delante, hacia el fondo de la vía, y había descubierto que esa vía no tenía horizonte, que concluía en un telón que imitaba un horizonte y que detrás de ese telón sólo había una pared de roca sólida como aquella al pie de la cual lo encontraron, según me dijeron, o que había un desconocido que se reía salvajemente de la ignorancia y de la inocencia del caminante y tal vez sólo había un espejo, un espejo en el que ni Borrello ni ninguno de nosotros hubiese querido mirarse nunca.

TURÍN / NOVIEMBRE DE 1977

Nosotros concedemos a la juventud todos los derechos y toda la autoridad, la cual negamos y queremos arrancar brutalmente a los viejos, a los moribundos y a los muertos.

«Necesidad y belleza de la violencia»,

F. T. MARINETTI

Algunos metros más adelante, la espalda del viejo profesor se curva de tal forma que ya no es posible ver su nuca; la hondonada que se produce en la chaqueta debido a la curvatura de la espalda y al hábito de adelantar la cabeza al caminar—que Pietro o Peter Linden, llamado «Pitz» y «Peeke», aunque en los dos últimos casos sólo por su madre, sabe que se denomina «cuello de cisne» y que se trata de una postura susceptible de ser corregida, ya que él la tenía de niño y su madre se la corrigió como solía hacerse en aquellos tiempos, colocándole una pila de libros en la cabeza y obligándolo a caminar por la casa sin que los libros se cayeran— hacen que, a sus espaldas, de la cabeza del viejo profesor sólo se vean la punta de las orejas y algo del cabello blanco que corona su cráneo y que en este momento se encuentra un poco desordenado por el viento, ya que el invierno parece haberse anticipado y la ciudad padece los vientos, por otra parte tan habituales durante buena parte del año, que trasladan el frío de las montañas que rodean Turín, que ya están nevadas en sus cumbres. No importa, ya que Pietro o Peter Linden conoce bien al viejo profesor y no necesita más que un elemento o dos—el color de la chaqueta que lleva hoy, que es de un azul plumizo, o la vacilación cuando el viejo profesor adelanta el pie derecho, que Pietro o Peter Linden sabe, porque el viejo profesor lo contó en alguna ocasión en sus clases, sin que viniese a cuento realmente, que debió serle reconstruido después de que quedase atrapado en el derrumbe de una habitación de la vivienda que su mujer y él ocupaban en Milán durante los últimos días de la guerra, que cedió cuando un edificio contiguo fue alcanzado por una granada; según el viejo profesor,

con una veintena de niños encerrados en su interior porque el edificio contiguo era un colegio—, uno o dos elementos, pues, para reconocerlo entre las personas que se encuentran reunidas en la esquina de las calles Giuseppe Verdi y Gioacchino Rossini esperando que el tráfico disminuya lo suficiente como para poder cruzar al otro lado, es decir, al corso San Maurizio, para dirigirse, más allá, al río; una esquina a la que Linden y el viejo profesor han llegado juntos —aunque, por supuesto, el viejo profesor no lo sabe— después de abandonar el edificio de la universidad y atravesar, también juntos, aunque a cierta distancia uno de otro, la via Fratelli Vasco. Allí le ha bastado a Linden fingirse uno de los estudiantes para poder seguir al viejo profesor a unos metros escasos, y más adelante han sido los arcos de las calles los que le han ofrecido cobijo, así como la multitud que recorre las calles a esta hora del día, con cierta prisa debido a que los comercios cerrarán en unos minutos, pero, aun así, demasiado lentamente para Linden, que a menudo tiene la impresión de que las personas nunca caminan a suficiente velocidad cuando se desplazan por las calles, al punto de que él, que está dispuesto a asumir riesgos importantes para propiciar la llegada de un mundo nuevo que ni él ni sus compañeros de célula pueden siquiera intuir, y que posiblemente los expulse cuando se produzca su llegada, si es que eso sucede algún día, sólo cree saber dos cosas al respecto que para él, que en ocasiones se sorprende pensando en ellas con una sonrisa maliciosa en los labios, son innegociables: que en ese mundo nuevo habrá libros y que se prohibirá que las personas realicen paseos, conminándolas a cambio a desplazarse a una velocidad estable y alta o a permanecer en sus casas. De hecho, adoptar la lentitud requerida para desplazarse detrás del viejo profesor sin llamar la atención ha sido la única dificultad que se le ha presentado durante los últimos ocho días, en los que lo ha seguido todas las veces desde la universidad hasta su casa llevando a cabo un recorrido siempre igual en el que el viejo profesor no se ha detenido ni se ha dado vuelta en ninguna ocasión, como si no

planeara sobre él la sombra de ninguna duda ni concibiese la posibilidad de que sus palabras —algunas de ellas, las vertidas en uno de los periódicos locales con regularidad o las formuladas en sus clases, a las que Linden ha asistido el curso pasado y que, en líneas generales, le han satisfecho a pesar de las múltiples alusiones despectivas del viejo profesor a los grupúsculos y a las células políticas, casi todas violentas, casi todas conformadas por jóvenes, con las que Linden ha simpatizado primero y a las que ha acabado sumándose después, aunque su posición, en ese sentido, aún no es segura, y el seguimiento al viejo profesor tiene, para él, por consiguiente, la importancia de una prueba— lo penalizaran, y Linden recuerda especialmente unas que formuló el año anterior, cuando su clase fue interrumpida por un puñado de jóvenes que le solicitaron que la suspendiera para que los alumnos —que sólo eran un puñado, que eran apenas cinco o seis, Linden incluido— pudieran participar de la manifestación que comenzaba a tener lugar en el patio interno de la universidad en ese momento, y en la que algunos ya voceaban consignas y otros apilaban bancos y mesas con la finalidad de prenderles fuego si la policía ingresaba al patio, cosa que la policía, que ya se había desplegado conformando un muro erizado sobre la vía Po y sobre la Giuseppe Verdi, parecía dispuesta a hacer a la menor provocación, y el viejo profesor sólo los miró y les dijo: «No voy a permitir que esta clase sea interrumpida por razones políticas». Uno o dos de los alumnos presentes se sumaron a los espontáneos que habían interrumpido la clase y comenzaron a bajar las escaleras con ellos en dirección al patio interior, pero Linden —quien por entonces no sabía que en breve sería uno de ellos, que pronto estaría avanzando con ellos a un enfrentamiento con la Historia y que desconocía que uno de ellos sería su supervisor en la célula a la que acabaría integrándose, que otro de los jóvenes sería quien acabaría convencándolo de que aquel era el momento de enfrentar al Estado, y que otro de ellos, uno que solía prestar su casa para unas reuniones políticas a las que Linden no iba aún pero

a las que comenzaría a ir en breve, sería asesinado por la policía algunos años después en un enfrentamiento— no bajó con ellos, de manera que fue uno de los pocos que pudo escuchar que el viejo profesor balbuceaba para sí mismo: «Nosotros también creímos que peleábamos por algo, pero sólo peleábamos por nosotros mismos y para conservar nuestra juventud, y la perdimos», y lo que dijo aquella vez el viejo profesor le ha quedado grabado a Linden del mismo modo en que le han quedado grabadas frases completas de los artículos en la prensa del viejo profesor, quien usualmente aboga en ellos por una mayor dureza en el enfrentamiento con los jóvenes y por el retorno de unos valores que son esencialmente religiosos y suponen una forma de vida no muy distinta de aquella de los padres y de los abuelos del viejo profesor, aunque no precisamente de la del viejo profesor, quien, como todos los integrantes de su generación, ha tenido que vivir de espaldas a esos valores entre otras cosas debido a que ha tenido que participar de dos guerras mundiales y porque esas guerras mundiales han aniquilado la forma de vida de sus padres y de sus abuelos en el marco de la cual esos valores parecían útiles y convenientes. Quizá, piensa Linden mientras deja atrás la via Gaudenzio Ferrari —la espalda del viejo profesor apenas unos metros más allá, hundida por el peso de la cabeza y por la indiferencia que le producen las vitrinas de los locales frente a los que pasa—, esos valores hayan sido concebidos para prevenir las guerras y el mundo que les sucedería, pero lo más factible es que, en realidad, contribuyeran a ambos, y así han quedado, no exactamente obsoletos, pero sí inútiles para cualquier otra cosa que no sea la continuidad de un estado de cosas que, en su opinión y en la de sus camaradas, debe ser transformado. El estado de cosas en la República italiana requiere, piensa Linden, que el enfrentamiento se agudice y que se empleen más medios y más contundentes para contener la avanzada del Estado, aunque existe la posibilidad de que el aumento de las acciones contribuya, a modo de justificación, al incremento de la fuerza empleada por par-

te de éste para evitarlas o para reprimirlas. Linden no se considera capacitado para determinar qué es preciso hacer en ese sentido y, de hecho, sólo le interesa «hacer», en lo que hay tanto una convicción política —la de que la situación italiana debe cambiar, no importa demasiado qué la reemplace— como el sentimiento de una falta íntima y, por consiguiente, no necesariamente visible, pero que se manifiesta —esta vez sí, visiblemente— en su cabello rubio, que lo destaca entre quienes recorren la via Rossini, aunque no son pocos los rubios en Turín, y en su apellido, dos cosas que lo avergüenzan porque ponen de manifiesto que él es al menos parcialmente alemán —es decir, que por lo menos una parte de él corresponde a los causantes de la ruina italiana de los años de la guerra—, aunque las cosas son relativamente más complejas, puesto que él no es uno de los tantos italianos de su edad que resultaron de relaciones consentidas o no entre mujeres italianas y alemanes de la Wehrmacht, sino que sus padres se conocieron años después de la guerra, en Milán, cuando su madre participó con el coro de su iglesia en una de esas giras interminables que la iglesia evangélica alemana organizaba con cierta regularidad en esos años para «estrechar lazos» entre enemigos recientes y, más específica y subterráneamente, para que a los alemanes se les disculpasen los hechos trágicos del pasado, de los que los alemanes habían sido primero perpetradores y luego víctimas, o simplemente víctimas siempre, en cierto sentido, aunque el origen de su apellido no está allí, sino en un ebanista suizo del cantón de Berna que llegó a Turín unos sesenta años atrás para trabajar en la industria. A Linden el asunto no le resulta indiferente, pero se pregunta si esos hechos poseen para él la misma importancia que los relacionados con la escalada de violencia que tiene lugar en Italia desde el 15 de marzo de 1972 en la que la retórica se ha radicalizado, se han radicalizado los modos de luchar contra el Estado y éste ha radicalizado su respuesta a los desafíos que resultan del descontento y de una visión ampliada de lo político, porque ¿no son políticos la radicalización y el rechazo?